



JORGE ORTEGA, *Tres*.

LIBROS

PARA LA HISTORIA

En la introducción, las reglas se establecen con claridad: Lauro Zavala ha seleccionado los textos de *La palabra en juego. Antología del nuevo cuento mexicano* atendiendo a su brevedad, su calidad literaria y su representatividad: este libro muestra el "tono lúdico que tiene el cuento que se está escribiendo actualmente en México".

Son necesarias compilaciones como ésta: generalmente, la información más accesible sobre la literatura mexicana (los libros de texto, las enciclopedias) tiene mucho tiempo de retraso respecto al presente y, así, la gran mayoría tiene claro que existen *El Llano en llamas*, *Confabulario* o *La ley de Herodes*, pero no que, tras Rulfo, Arreola e Ibargüengoitia, hay nuevas generaciones de cuentistas. Peor aún, el auge de la novela como género comercial, a la manera del mundo editorial norteamericano y sus *bestsellers*, ha apartado a muchas grandes editoras de los cuentistas y los ha orillado a la marginalidad; a tener que esperar para ser "consagrados", y mejor aún si es como novelistas, para publicar un volumen de ficciones breves o para llamar la atención sobre los que ya han publicado. (Se me dirá que los poetas pasan dificultades aún mayores, lo cual, naturalmente, no es consuelo para ellos ni para los narradores).

Son necesarias compilaciones como ésta, repito, porque entre los antologados por Zavala hay muchos que han seguido el camino de la novela, como Paco Ignacio Taibo II y Ángeles Mastretta, o el de la crónica, como Guadalupe Loaeza; pero también hay otros, como Agustín Monsreal, que se han mantenido absolutamente fieles al cuento, y otros más, como Juan Villoro y Francisco Hinojosa, que deben a sus narraciones breves la mayor parte de su prestigio y reconocimiento.

Son necesarias compilaciones como la referida porque revelan una faceta realmente poco conocida de nuestra literatura, y la muestran representada por autores que, incluso, podrían no tener ningún otro rasgo en común que sus incursiones en el cuento.

Además, son necesarias (ya es suficiente aliteración) porque hay otra regla de Zavala sobre la que no me he detenido: los cuentos están seleccionados en atención a su "capacidad para reconocer el carácter colectivo –y acaso generacional– de la cotidianidad más personal, convertida en parte de un lenguaje común".

Debo decir que esta consideración, en una primera lectura apresurada, me desagradó. Pensé que se trataba de una defensa del realismo como la hecha por otros críticos, que miran con desdén cualquier obra literaria que no pretenda retratar la realidad con la mayor fidelidad posible, y



de preferencia con nombres, fechas y una plataforma de acción, o al menos un indudable prestigio en nuestra mejor sociedad: todos conocemos los excesos de la literatura que se asume como una rama del periodismo, o peor, de la propaganda política.

Pero, felizmente, nada está más lejos de *La palabra en juego*. Al contrario, la selección hecha por Zavala se cuida bien, por ejemplo, de los cuentos civiles de Taibo II y de las niñas bien de Loaeza. Lo cotidiano no está en los temas sino en la mirada de los cuentistas: en sus puntos de vista sumamente personales sobre los hechos contados, y en el hecho de que ninguno pretende, por acumulación ni de ninguna otra forma, hacer grandes generalizaciones sobre el pueblo de México, o sobre la misión particular de nuestras letras. No hay aquí la solemnidad (hierática, la llamaría Zavala) de tantas historias de la primera mitad del siglo XX, y en cambio dominan el humor, la iro-

nía, la antiolemonidad que, en muchas ocasiones, ni siquiera pretende oponerse a nada, sino, simplemente, *es*. "Oficio de temblor" de Fabio Morábito está escrito con la delicadeza de un poema en prosa, pero es tan afilado, o más aún, que "Borges el comunista" de René Avilés Fabila; "Los misterios de la mujer" de Luis Miguel Aguilar es una serie de viñetas gozosas, sentimentales sobre las diferencias entre uno y otro sexo, que no requieren un contexto pues, aunque están escritas sobre la base de hechos muy precisos, implican reflexiones y preguntas que todos hemos formulado. Son de todos, o de nadie, sin necesidad de decirlo.

Tal vez sea lo mejor de este libro: la serenidad, la indiferencia con la que los autores que presenta se dedican a contar. Uno de los deportes favoritos de nuestro país es creer que necesita la aprobación de otros: en la literatura, y sobre todo en la narrativa, esta ansiedad se ha manifestado por igual en los escritores que tratan de ser autóctonos a cada instante y no pierden ocasión para ponerse el penacho, como casi ordenó alguna vez Carlos Fuentes, y en los que, sobre todo en los últimos años, se han empeñado, como reacción contra el penacho, en mimetizarse con los europeos y los norteamericanos y hacer de ese camuflaje su máxima virtud.

Tal vez en el cuento mexicano, particularmente en cuentos como éstos, se encuentre una porción menos angustiada, más gozosa y auténtica, de la literatura.

Una cosa más. Al comienzo de esta nota escribí sobre la representatividad de los cuentos. Nadie puede negar el talento ni la estatura de Alejandro Rossi, Hernán Lara Zavala, José Agustín u Óscar de la Borbolla, de los más asiduos al relato breve entre nuestros grandes narradores contemporáneos. Sin embargo, yo tengo una petición. Entre 1992, año en el que se cierra *La palabra en juego*, y hoy median ocho años llenos de acontecimientos en la literatura; entre ellos no es el menor la emergencia de numerosos narradores, casi todos muy jóvenes, que en buena medida continúan los temas y las formas que prevalecen en este libro, pero también, en muchos casos, se separan de ellas. La cotidianidad y el juego importan a los cultivadores del realismo sucio, la ciencia ficción, la fantasía, pero les importa de otro modo, con otros propósitos, junto con otros temas y obsesiones. Creo que en unos años hará falta un examen de lo mejor de este periodo. Creo que en unos años, cuando pueda contemplarse con serenidad la obra de Mario González Suárez, José Luis Zárate, Guillermo Fadanelli, Mauricio Montiel, Ana García Bergua, me gustará ver que Lauro Zavala acometa esa nueva antología: necesario complemento de ésta, igualmente atractiva e iluminadora. **LC**

Lauro Zavala (comp.), *La palabra en juego. Antología del nuevo cuento mexicano*, 2ª ed., UAEM, México, 1998.